

La gruta

Yolanda Martínez Adrover



Capítulo 1

Mariola y Pablo se conocían desde hacía ocho años. Habían pasado siete desde que comenzaron a salir juntos. Sus familias eran de alta sociedad y habían visto con buenos ojos su diferencia de edad. Para ellos, el hombre tenía que ser mayor que la mujer, no importaba que lo fuese en más de una década. Doce años son casi toda una generación en estos tiempos, donde la tecnología avanza a un ritmo acelerado e influye como una variable más en la cultura de los jóvenes. Una persona que nace en los ochenta ya no es igual que aquella que lo hace en los noventa. Esos diez años marcan una diferencia en la actitud frente a la vida, los valores, la educación... los niños de los ochenta eran más naive, y en los noventa, ya estaban de vuelta de todo. Esa era la situación de Pablo y de Mariola. Pablo había nacido en 1980 y Mariola en 1992. Se definía en ambos una cierta polaridad, lo que hacía que se atrajesen aún más, formando la pareja perfecta. Desde luego así lo eran a ojos de sus padres. Pero como un iceberg, donde sólo es visible la punta y la parte sumergida es aún mayor, así era su combinación, todavía más perfecta en lo privado. En la intimidad su simbiosis explotaba como un Big Bang, se expandía luego en el dormitorio mientras hacían el amor. Eran uña y carne. Se conocieron en la universidad. Cuando Pablo comenzaba el doctorado, Mariola empezaba su primer año de carrera. Derecho y filosofía no sólo se unían en la asignatura de Filosofía del Derecho, desde el año 2012 lo hacían también con ellos, pues eran sus respectivas ramas de conocimiento. A Pablo le encantaba la filosofía, de hecho pensaba iniciar la carrera al acabar el doctorado, y Mariola tenía un sentido muy desarrollado de la justicia. El primer año en el que fueron amigos y compañeros de universidad, se conocieron en profundidad hasta que, un día, Pablo se dio cuenta de que veía a Mariola con otros ojos. Ella llevaba un abrigo rojo de tres cuartos con un cinturón también rojo. Era el primer día que usaba gafas por prescripción médica. Pero no fue ese detalle el que llamó la atención del chico, fue lo espléndida que le parecía esa mujer que entraba por la puerta de la facultad de Derecho. Mariola lo iba a buscar para ir juntos hasta la biblioteca general. Él sintió un vuelco en el corazón y se estremeció. Pensó "qué mujerona". Aquella noche, después de cenar en el piso de ella, tuvieron su primer encuentro sexual. Para Mariola era ya muy esperado. No sabía qué le pasaba a Pablo por la mente. Unos días le parecía que sí le gustaba, pero otros, notaba que él pasaba de ella. Lo veía un chico ambiguo, un poco opaco en sus sentimientos. Pero lo que sea que él sentía, lo resolvió, aclaró e identificó, y tomó una decisión. Declararse a Mariola. Y eso pasó aquella noche mientras se ayudaban a preparar un examen. Al joven no le salían las palabras. Intentaba explicar sus intenciones y deseos pero daba muchos rodeos, de modo que a Mariola le costó al principio entender de qué iba la cosa. Pero cuando se apercibió de lo que estaba pasando, su corazón comenzó a bombear sangre de forma acelerada, sus manos empezaron a sudar y se llenó de una felicidad plena que se reflejó en sus mejillas, pues le salieron de

repente unos inoportunos coloretos. Una sonrisa nerviosa apareció en su cara presionando sus mofletes, sin ser capaz de cambiar de expresión. Al acabar el discurso, se miraron sin saber qué decir, y para acabar con aquella tensión Mariola se lanzó a darle un beso. Pero sus dientes se encontraron, y más que un beso fue un choque amoroso de dentaduras, con mucha pasión. Pero fue sólo cuestión de un primer contacto, después se besaron más amablemente hasta lograr una unión perfecta de sus bocas. Y se tocaron, tímidamente, se abrazaron como si quisieran juntarse el uno con el otro para siempre. Fueron desnudándose poco a poco con respeto, pero sin timidez alguna. Querían mostrarse el uno al otro tal como eran. Sin barreras. Ver sus pieles erizarse. Sin estereotipos de clase, rozándose. Sin prejuicios. Como animales, conociéndose. Besándose en las zonas de placer. Bebiéndose todos sus cuerpos. Descubriéndose de forma sensual y danzando juntos intuitivamente hasta sus zonas erógenas. Hasta que por fin él decidió penetrarla, tímidamente al principio, pero con decisión y fuerza después. La introdujo una, dos y decenas de veces más. Ella gimió con desahogo y luego cada vez más alto a medida que iba incrementado la velocidad de sus embestidas. Los dos gozaron a la vez como si el reloj de ambos se hubiese sincronizado. Gimieron salvajes. Colorados y sudados. Sus cabezas se juntaron, frente a frente, y luego se abrazaron. Y así se quedaron un buen rato sin sacar él su pene de dentro de ella. Sus cuerpos estaban calientes. Sus pechos pegados sentían el latido del otro. Acelerado. Desde aquella maravillosa noche, los dos estuvieron de acuerdo en empezar una relación. La verdad es que no lo hablaron, fue un acuerdo tácito, como si su unión sexual acabase con una rúbrica de su compromiso. Los años fueron pasando. De momento no habían sentido la necesidad de tener hijos, se hallaban felices tal como estaban. Cada uno de ellos tenía una vida completa, y cuando se juntaban la energía se condensaba formando un ente único y mágico. Eran dichosamente felices.

Sus hobbies eran compartidos, leer, correr y hacer senderismo. Solían hacer rutas señalizadas, y otras veces iban por el monte o por el río a la aventura. Así pasaban la jornada, caminando prácticamente todo el día excepto cuando paraban a comer en algún lugar escogido por los dos que les llamase especialmente la atención. Durante las vacaciones de verano, planearon hacer una ruta que llevaban tiempo posponiendo por causas meteorológicas, y por su famosa larga duración. La excursión debía hacerse durante los días de semana, para evitar la afluencia de personas en el fin de semana. Era un plan bastante manido, y si no cogían sitio pronto por la mañana, corrían el riesgo de quedarse sin plaza en el pequeño aparcamiento donde se iniciaba la concurrida ruta. Para llegar hasta allí, debían subir primero un desnivel de 300 metros y después circular por una carretera estrecha de curvas sinuosas que parecían interminables y siempre las mismas. La ruta era bastante popular a la vez que misteriosa. Se comentaba también que, independientemente de si la

empezabas por la mañana o por la tarde, siempre llegabas de noche porque durante trayecto pasaban cosas extrañas que ralentizaban la vuelta al parking.

Llegó el día señalado en el calendario. Pablo y Mariola se habían levantado a las seis de la mañana, habían desayunado y estaban colocando todos sus bártulos, preparados el día anterior, en el coche. Un par de mochilas, ropa de abrigo, bebidas, comida, una brújula por si se perdían y linternas por si, como se decía, llegaban de noche. Los jóvenes vivían en la ciudad así que, para llegar a su destino, debían viajar en coche al menos una hora y media. Efectivamente no era una calzada fácil, en algunas zonas el guardarraíl desaparecía por completo dejando un precipicio al descubierto. Durante el trayecto en automóvil había amanecido, de modo que llegaron al aparcamiento a primera hora. No había nadie todavía y pudieron aparcar a sus anchas. Salieron del coche y respiraron el aire puro de la montaña. La temperatura era fresca, tanto que Mariola se subió la cremallera de la chaqueta hasta el cuello. Iniciaron la ruta pasadas las ocho y media. Los primeros kilómetros fueron fáciles, pero luego comenzó un desnivel que les llevó a una cima desde la que divisaron unas vistas espectaculares, y donde podían ver otras cimas aún mayores. Deseaban que la ruta les llevase por las cumbres hasta alcanzar aquéllas más altas, así que la retomaron después de un merecido descanso y unas cuantas fotografías. El camino era angosto y lleno de vegetación a ambos lados, no parecía muy transitado o al menos no muy cuidado. El recorrido era un poco rompepiernas y de vez en cuando aparecía algún desvío para visitar un peñasco con nombre propio o miradores a pocos metros de la ruta principal. Pero merecía la pena recorrerlos porque las vistas eran maravillosas y cada vez a mayor altura. Cuando llegaron a un claro donde el camino parecía ensancharse, decidieron parar a comer. El agua iba escaseando y las botellas vacías cada vez eran más numerosas, pero no parecía atisbarse el final de la ruta. En el momento en que retomaron el camino, notaron sus piernas más pesadas y los pies un poco hinchados, pero debían seguir hasta el final, no podían dar vuelta ahora porque suponían que ya habrían rebasado el ecuador del recorrido. Lo cierto es que no había ningún panel en el aparcamiento que indicase la longitud total de la ruta, sólo estaba el soporte de madera, como si en algún momento hubiese existido, pero en el hueco central no había nada. La señalización era correcta aunque en algunos puntos se difuminaba hasta casi desaparecer. Necesitaba una mano de pintura nueva con urgencia si querían mantener la ruta activa. La naturaleza les llenaba de vida, su ánimo cambiaba después de una ruta larga por el monte. Aunque llegaban cansados, luego se encontraban muy felices. Era su plan preferido siempre que disponían de un fin de semana entero para ellos. En esta época estaban de vacaciones y ya llevaban completadas varias rutas más pequeñas. Ésta era un desafío pendiente, y el misterio que la envolvía hacía que su curiosidad fuese en aumento. Pasados unos cuantos

kilómetros más, encontraron una cueva con una entrada de un metro y medio de alto aproximadamente, sobre la que podía leerse: 'La gruta'. Llamó poderosamente su atención de modo que se acercaron hasta allí y se fijaron en el nombre gravado en la piedra. Los dos se miraron desconcertados y pensaron exactamente lo mismo: "¿Por qué no entramos?". Para caminar a través de ella tenían que agacharse un poco y el techo iba hundiéndose cada vez más. Con las linternas encendidas, avanzaron unos metros por el suelo aparentemente llano y seguro. Fueron alejándose más y más de la entrada hasta llevar recorridos unos 300 metros, y les pareció observar al fondo un pequeño atisbo de luz. Apagaron las linternas momentáneamente para comprobarlo y, efectivamente, un pequeño rayo de luz natural se colaba desde un lateral. El interior de la gruta iba girando hacia la izquierda muy poco a poco, casi de manera imperceptible, si no fuese por el haz de luz que lo revelaba. Avanzaron. La claridad se fue intensificando hasta que decidieron apagar las linternas. Llegaron al final y se asomaron por un hueco que daba al exterior. Cubrieron sus ojos con las manos después de haber estado tanto tiempo dentro de la caverna. Cuando las pupilas se acostumbraron a la luz, descubrieron, para sorpresa de ambos, un playa. El sonido de las gaviotas se oía a lo lejos. Enfrente, un horizonte donde no se veía más que el infinito del mar. La playa tenía paredes rocosas a ambos lados. El paisaje era como el de una cala grande bajo unos acantilados del norte de España. Pablo enseguida reconoció el lugar, había estado allí de vacaciones con sus amigos cuando tenía 18 años. Mariola en cambio no lo reconocía, pero sí le resultaba familiar. Los dos se quedaron unos minutos pasmados viendo todo lo que había a su alrededor.

–¿Cómo es posible que nos encontremos ahora en un lugar como éste?
–se preguntaba Mariola.

Pablo tampoco daba crédito a lo que estaba viendo, pues hacía unos minutos caminaban por una montaña en plena sierra. Era físicamente imposible desembocar, unos metros después, en una playa, y sobre todo, en aquella playa. Pablo contestó:

–Mariola, yo conozco este lugar

–¿Qué dices, Pablo? ¿En serio?

El joven explicó brevemente a su novia cuándo había estado allí. De repente, se escucharon unas voces y los dos se fijaron que había más gente en la cala. Una familia a su derecha, cerca de la orilla, jugaba con su hija construyendo un castillo de arena. Se trataba de un matrimonio joven, la niña debía tener unos seis o siete años. La pequeña salió

corriendo hacia la orilla con su cubo en una mano y la pala en la otra. Se agachó y comenzó a llenarlo con arena mojada. El mar parecía peligroso, es posible que la playa fuese de mar abierto. Una sucesión de olas empezaron a llegar. La niña, ajena al ajetreo en el agua, siguió con su operación, pero los padres, en cuanto vieron levantarse la primera ola grande en la lejanía, gritaron a la niña para que volviera a la toalla. El nombre que los dos escucharon los dejó boquiabiertos y asustados.

-¡Mariola! ¡Mariola ven!

Los progenitores salieron corriendo para auxiliar a su hija, que podía ser víctima del oleaje tan repentino. Por suerte el padre llegó a tiempo de rescatar a la niña, dejando allí las herramientas infantiles. La situación se solucionó enseguida llegando los dos sanos y salvos junto a la madre. El estado del mar cambió en unos segundos. Ahora pasaba a estar de nuevo en calma. Pablo no entendía qué estaba pasando. Pero Mariola, con lágrimas en los ojos, reconoció a la pequeña y a sus progenitores, porque aquella niña era ella y el matrimonio joven eran sus padres. Un verano en el que se habían ido de vacaciones al norte de España. Ahora recordaba aquella escena. Tenía seis años y no comprendía por qué sus padres no paraban de abrazarla el resto del día. Unos jóvenes que habían permanecido sentados a la izquierda, pasando desapercibidos, se dirigían ahora hacia la orilla. Uno de ellos pasó cerca de la pequeña Mariola y su castillo de arena. Se fijó en la niña y le dedicó una sonrisa tierna. Ella también le miró y le sonrió. Pablo recordó entonces la escena y se dio cuenta de que era él quien había sonreído a aquella niña desconocida. El joven, ahora también con lágrimas en los ojos, miraba a su novia y comprendía que la gruta les había devuelto un momento olvidado en sus memorias, un recuerdo que había tenido lugar hace veinte años en aquella playa. Ninguno de los dos era consciente de que se habían encontrado en aquel sitio allá por el año 2000. La pareja se dio la mano mientras se miraban fijamente a los ojos, y juntaron sus cuerpos hasta quedar a una distancia mínima. Él la acarició por detrás de la cabeza y ella agachó su mirada buscando tímidamente sus labios. Se unieron en un beso delicioso y prolongado. Cuando se separaron, la pareja decidió entonces ir junto a la pequeña Mariola y conocerla. Se acercaron hasta el castillo de arena y se agacharon dulcemente para hablar con la niña. Sin embargo, algo no fue bien. Los dos se dieron cuenta al instante. La pequeña no hacía caso de los jóvenes. No se inmutaba. Era como si no existieran. Efectivamente pudieron comprobar que pese a las señales visuales y las caricias que le dedicaban, la niña no veía ni sentía nada. Eran dos fantasmas para ella. Entonces decidieron lanzar un grito a los chavales entre los que se encontraba Pablo de joven. Profirieron su nombre en alto para ver si éste conseguía oírlos y darse la vuelta. Pero no pasó absolutamente nada. Los

chicos se metieron en el agua como si tal cosa. Mariola y Pablo comprendieron que, aunque podían estar presentes en tiempo y espacio en aquella playa solitaria con más personas, ellos no eran coetáneos. Sus cuerpos eran invisibles para el resto. Como si se tratara de universos paralelos que habían coincidido en ese momento y forma. Un poco decepcionados con la ilusión óptica y sensorial, abandonaron la cala en silencio por donde habían aparecido. Se dieron la vuelta por última vez para despedirse mentalmente de sus yoes más jóvenes del pasado, agradeciendo a la gruta la oportunidad de recordar las vacaciones que por primera vez ya les habían unido. Encendieron de nuevo las linternas y desandaron todo el trayecto por el interior de aquella extraña gruta que parecía una puerta de entrada a otro universo. Por el camino se preguntaron qué pasaría si volvían a recorrer aquel pasadizo cavernoso en otra ocasión. ¿Seguirían allí las mismas personas en el mismo lugar? ¿O la línea de tiempo avanzaría y se presentaría otra situación con otros personajes? Sólo lo sabrían si volvían a visitar la gruta otro día. Pero no tenían claro si realmente querían enfrentarse a ello. Aquello les había dejado un poco en shock y todavía estaban asimilando lo sucedido. El viaje les había cambiado para siempre. Sus cerebros intentaban comprender las leyes de la física en aquel misterioso lugar. Mientras tanto, caminaban aprisa para salir cuanto antes de aquella inmensa oscuridad y llegar sanos y salvos al coche. Ahora mismo se encontraban en un punto en el que ni por detrás ni por delante había un mínimo haz de luz. Todo estaba negro. El camino de vuelta les estaba pareciendo demasiado largo. ¿Serían capaces de salir de allí? ¿Y si aquello los atrapaba para siempre? Empezaron a sentir angustia, pero entre los dos trataban de infundirse valor para continuar. El techo se estaba haciendo más alto. Eso los tranquilizó, ya que sólo podía significar una cosa, que el final estaba cerca. Apagaron por un momento sus linternas y comprobaron que desde el lateral derecho ya se atisbaba algo de luz. La claridad iba haciéndose más evidente a medida que avanzaban, hasta que ya no fueron necesarias las linternas. Salieron por la entrada que un tiempo antes habían atravesado, y comprobaron que la luz era tenue, se trataba de luz de luna. Había anochecido. Ahora comprendían por qué la ruta se hacía tan larga y la gente siempre terminaba de noche. Retomaron el camino señalado con ayuda de las linternas y pronto llegaron al aparcamiento. Esta vez su coche no era el único, se encontraron tres más aparcados a continuación del suyo.

–¿Esas personas también habrán entrado en la gruta? –preguntó Mariola.

–Tal vez, pero cada uno de ellos habrá entrado en un universo diferente, el de sus recuerdos.

–La verdad es que esto es alucinante. ¿Cómo es que no se sabe nada de

la gruta? Alguien debería haberla descubierto ya.

Pablo no supo responder. Estaba muy cansado y lo único que quería era llegar lo antes posible a casa, darse una ducha y meterse en la cama.

A la mañana siguiente, todo lo relacionado con la gruta lo habían olvidado por completo.

–Oye, ¿cómo llegamos tan tarde a casa ayer? ¿Te acuerdas?

–No, sólo recuerdo que hicimos la ruta y no sé, de repente se hizo de noche.

–Espera, creo que había una gruta, ¿no te acuerdas? Después de comer anduvimos un poco más y encontramos una que parecía muy misteriosa.

–Ahora que lo dices... sí, recuerdo la gruta, pero después no recuerdo nada más hasta que se hizo de noche. Es extraño.

–Sí, yo tengo como lagunas en mi cabeza y un dolor enorme en este lado.

Mariola y Pablo no le dieron más importancia a lo que vivieron el día anterior. Únicamente llegaron a la conclusión de que se lo habían pasado fenomenal, y una intuición de ambos les hacía creer que tenían que repetirla. A partir de entonces se sintieron más unidos que nunca, como si un hilo conductor los llevase uniendo desde su nacimiento hasta ahora. Como si sus vidas estuviesen destinadas a juntarse para siempre. Aquella mañana los dos jóvenes hicieron el amor y Mariola le susurró a Pablo que quería tener una niña.

–¿Por qué una niña? –preguntó Pablo.

–No sé, hoy me siento inexplicablemente más cercana a mi infancia, y me gustaría tener una mini yo correteando por la casa.

Pablo sonrió feliz con la idea y atrapó a Mariola por debajo de la sábana.

Dos semanas después...

Pablo pasó la mano por la cama donde se suponía que debía estar su chica, pero en su lugar encontró un hueco y simplemente se quedó acariciando la sábana bajera. Enseguida se levantó extrañado y fue hasta la cocina. Allí estaba Mariola, sonriente de oreja a oreja. Entonces Pablo se tomó unos segundos para comprender lo que estaba pasando, su novia no solía levantarse antes que él. La chica meneó la cabeza de arriba a abajo mientras sujetaba la taza de café con las dos manos. El joven comprendió al fin y sonrió también. Mariola estaba embarazada.